

mia. Se avisará á su dueño que queda desalquilada. Se venderán los muebles y vajillas, y se me remitirán las alhajas y fondos que el señor haya tenido el descuido de dejar, á casa de mi nieta.

Mi abuela, dichas estas palabras, tendió la mano al Marqués, que la estrechó con respeto, hondamente conmovido ante aquella gran desgracia, y salió sin mirar á su marido.

Yo no me cuidé ni aún de hacer al Marqués una inclinacion de cabeza; y tales eran la emocion y el aturdimiento que me dominaban, que presté á mi abuela el auxilio de mi brazo de una manera maquinal.

XIV.

VENGANZA.

Al saber mi marido, cuando volvió á casa por la tarde, la determinacion de mi abuela, la censuró con acritud: quiso verla; pero yo, sabiendo la indignacion que abrigaba hácia él, me opuse á que entrase en su habitacion.

— ¿Por qué es eso? me preguntó airado. Tu madre, querida Valeria, no tiene el juicio cabal, y debias agradecerme que procurase hacerla entrar en razon.

Conocí que le enviaba Sandoval, como emisario suyo, para procurar una reconciliacion, en la que ademas de ganar mucho sus intereses, evitaba el escándalo: pero

acostumbrada ya, por una amarga necesidad del aislamiento en que vivia, á disimular mis impresiones, me contenté con responderle:

Mi deber es evitar á mi pobre madre todo disgusto.

— ¿Lo tendrá acaso con verme? preguntó mi marido.

— Sin duda: se halla muy irritada contra tí.

— ¿Por qué razon?

A esta pregunta el rubor enrojeció mis mejillas. Era evidente, para mí, que Sandoval habia enterado á Eduardo de todo lo ocurrido, y tal audacia de disimulo me indignaba.

— Creo que ya debes saberla, le dije haciendo esfuerzos para guardar mi serenidad.

— Yo nada sé.

— Pues bien; ya que quieres que sea yo la que te lo repita, sábelo: mi madre te ha sorprendido en la misma casa donde halló cenando á su marido; ¿estás contento?

Sin duda que el Conde queria cerciorarse del efecto que habia producido en mí semejante noticia. Como su natural era aún bueno y noble, se puso pálido, y á seguida se cubrieron sus facciones de púrpura. No halló palabras que decir, y salió de la estancia lleno de tal vergüenza, que le compadecí.

Por la tarde vino Felicia y puso en manos de mi abuela un cofrecito que contenia los estuches de sus joyas. Eran las de ménos valor, pues las que suponian mayores cantidades las habia sustraído su esposo desde mucho tiempo ántes, ya para regalarlas á sus favoritas, ya para convertirlas en dinero.

— Sea lo que quiera lo que venga ahí, guárdalo para

tí, hija mía, dijo la noble señora. Nada quiero, ni ya he de gastar en mi vida galas ni joyas. Tú que eres una niña aún, podrás ser dichosa despues que se haya desatado por la ley el lazo odioso que hoy te sujeta.

Al oír á mi abuela, temblé. Mi corazón, profundamente herido, habia perdido la ilusion del amor: más aún; creia que jamas podria amarme mi marido; pero la idea de perderle me hizo estremecer.

¡Yo le amaba!

Para no responder tomé el cofrecito y salí con él, á fin de depositarle en un cajon de mi cómoda.

Lo puse sobre un velador, lo abrí, y empecé á sacar estuches que encerraban los brazaletes, collares y broches de mi abuela.

Entre las cajas, y con gran sorpresa mia, hallé una carta.

Era el papel fino y perfumado: la letra de mujer, correcta y clara; la firma decia *Gracia*.

Era una carta dirigida á una amiga suya, segun pude conocer por su contenido, que devoré con ánsia, y que decia así:

« Jamas, mi querida Amelia, jamas he estado tan de moda. Si la dicha del orgullo satisfecho pudiera curar esta llaga sangrienta de mi corazón, ya hace largo tiempo que estaria cicatrizada. Pero ¡ah! no es posible, y antes creo que se encona más cada dia.

» Si Salvador hubiera querido amarme, ¡qué venturosa! y aún más, ¡qué buena hubiera yo sido!

» ¡Ah! ¿Por qué me cedió á su amigo en el exceso de su generosidad! ¡Pero ya lo sé! ¡Por qué no me amaba!

» Desde el dia en que me uní con eternos lazos al Vizconde de Torreñiel, ya sabes que he sido la más aburrida y la más infeliz de todas las mujeres. ¿Por qué? ¡Porque no le amaba! Consentí en casarme con él, porque el orgullo me ordenó el silencio; nada más.

» ¡Cómo me he vengado en el sexo fuerte por excelencia del desaire recibido! ¡Cuántas víctimas ha hecho mi coquetismo! Hoy mismo tengo en mi poder, como el gato al ratoncillo, á este imbécil Conde de Rio-Claro, que aún no hace cuatro meses que se ha casado con la jóven más adorable que conozco. Y sin embargo, deja á su inocente y enamorada esposa, y corre á postrarse á mis piés y á ofrecer ante ellos toda la fortuna de esa niña infeliz! ¡Cómo desprecio á los hombres! ¡Ni uno solo hay que valga una hora de dolor, excepto... excepto él!

» ¡Crearás acaso, al oírme elogiar á la esposa de Eduardo, que la admiro ó que la compadezco siquiera! ¡No, Amelia, la detesto! Es quizá decreto de mi destino que la especie de fanática adoracion que inspiro á los hombres me la hagan expiar las mujeres con la hostilidad y el desprecio. La condesa de Rio-Claro no es una de las que ménos me han herido.

» Sí, esta jóven Valeria, tan elogiada por todos, y que es verdaderamente un ángel de belleza, habia llegado á interesarme.

» Se hablaba de ella como de una niña educada entre dos locas. Su madrastra, especie de fantasma llorando de continuo desengaños, y su abuela, meciéndose en todas las ilusiones de la adolescencia. Tanto habia oido elogiarla, que quise acercarme á ella y presentarla en el gran

teatro del mundo: pero ella no hizo como las demas que me adulan y me hieren : no, ella fué más noble y más cruel: me repelió francamente, y se negó á ir conmigo á la ópera.

» No sé por qué su desaire me llegó al alma : pienso que áun tengo corazon, cuando lo creia dormido ó muerto para siempre.

» Sin embargo, por eso solo no la hubiera odiado; sino que despues he sabido, y lo he visto con mis propios ojos, que Salvador está ciegamente enamorado de ella.

» Su corazon, cerrado hasta hoy al amor, se ha prendado de la belleza de Valeria con una afeccion invencible.

» Hé aquí por qué he vuelto á coger entre mis redes al esposo de Valeria. ¡ Para vengarme de que el Conde la ame! Ella adora á su marido, y su marido no escapará á mi poder.

» ¡ Pero qué ruin cosa es la venganza ! ¡ Cómo amargan sus frutos en la boca del que los prueba !

» ¡ Amelia; tú, que siendo mujer buena y honrada, te dignas conservar tu afecto y tu compasion á esta infeliz, extraviada por los desiertos de la vida; tú que has resistido á todas las amarguras de la pobreza para educar honradamente á tus hijos, tú eres, entre todas las mujeres, la sola digna de mi respeto y de mi gratitud.

» Algunas veces me pregunto: ¿ A dónde iré? ¿ Qué haré de mí el huracan de mi destino? Y... »

Aquí estaba rota la carta : la hoja ú hojas que la terminaban habian desaparecido.

Sandoval, pues, era quien indudablemente la habia

puesto en el cofrecito de las alhajas para que yo la viese; habia roto sin duda alguna el resto para que yo no me enterára de las angustias de aquella pobre alma.

Sólo me habia dejado, en aquellas tristes páginas, la venganza y el ódio.

El dolor y llanto habian sido borrados con el cuidado más minucioso.

Sin embargo, yo veia, á traves de los estragos de las pasiones, algo de doloroso y triste.

Una profunda compasion hácia aquella desgraciada mujer se apoderó de mí.

Sandoval que toda mi vida me habia aborrecido, se vengaba de mí porque habia dado abrigo en mi casa á su mujer, cuando huyó de él.

A pesar de todo, segun sucede en muchas ocasiones, sus malvados planes se volvieron contra él.

Compadecí á Gracia, y culpé á mi marido, que, con sus imprudentes exterioridades la comprometia más y más de lo que estaba.

A nadie hablé de aquella carta, que guardé en mi secreter, no determinándome tampoco á romperla ó á arrojlarla.

— He aquí, me dije, los seres á los que el mundo llama felices. ¡ Pobre mujer ! ¡ Envidiada de todos, y más infeliz que nadie ! ¡ Pobre mujer, amando hace ya tantos años sin esperanza ! ¡ Qué triste es tu suerte, y cuánto más dichosa es la mia en medio de mis amarguras y desengaños ! ¡ No ! ¡ No es la pérdida de las ilusiones el más cruel de los males ! ¡ Es mucho mayor la pérdida de la paz en la conciencia !

XV.

DESALIENTO.

Mi vida empezó retirada, silenciosa, triste, y además de todo esto, consagrada completamente al sacrificio.

El corazón tierno y generoso de mi abuela quedó mortalmente herido con la ingratitud de su esposo, con el golpe cruel que había sufrido.

¡Pobre árbol! Herido en la vejez por el hacha del leñador, cuando toda su vida había estado cubierto de verdes hojas y fragantes flores, empezó á languidecer y á inclinar su orgullosa cimera, seca por el viento de la desgracia.

Ella, tan alegre, tan expansiva, tan agasajadora, se encerró en un silencio sombrío y profundo. Ella, tan elegante, tan acostumbrada al lujo, á la magnificencia, á los saraos, rehusó del todo salir, y me pidió encarecidamente que se dispusiera para oratorio uno de los departamentos de la casa.

—Pero, mamá mia, exclamé con terror; de esa suerte no saldrás ni aun para ir á la iglesia.

—No saldré, hija mia, me respondió; tal es mi deseo.

—Eso será muy perjudicial para tu salud.

—¡Qué importa! Desde el día que descubrí el vil engaño de que era víctima, sólo una cosa pido al cielo; ¡que me reuna pronto con tu madre!

—¿Y yo? exclamé arrojándome en sus brazos.

—¡Ah, tienes razón! respondió cubriéndome de besos y de lágrimas. ¡Pobre hija mia! A tí también te ha herido la mano de hierro de la desgracia. Pero yo había ya disfrutado largos años de dicha, en tanto que tú... ¡Ah! ya sabía aquel hombre vil á quién entregaba tu destino!

—Madre mia, repuse, si me quejo de Sandoval, es sólo por no haber sabido hacerte feliz. Lo que ha hecho respecto á mí no se lo culpo; yo amo á mi marido. ¿Qué más podía apetecer que casarme con el hombre á quien amaba?

—Podrás haberle amado, pero ahora...

—¡Le amo aún!

—¿A pesar de sus infamias?

—Madre mia, Eduardo es un hombre extraviado, pero no infame: es uno de tantos jóvenes que nacen con el mal de una gran fortuna, sin la costumbre del trabajo, sin el amor á la ocupación; pobres naturalezas viciadas, en las que el lujo es una pasión, y en las que la religión no ha derramado su sacrosanta luz.

—¿Quién te ha enseñado á discurrir así, hija mia? exclamó mi abuela: ¿Cómo vas á buscar las causas á través de la amargura de los efectos?

—¿Y qué otro consuelo me queda, madre mia? exclamé yo. Cuando el espíritu sufre mucho y el corazón se empeña en excusar al que nos hiere, no hay otro remedio que buscar la disculpa mejor y más positiva que se puede hallar.

—¿Y qué harás tú, pobre ángel mio, casi niña, y

unida para siempre á ese hombre sin corazón y sin delicadeza? ¿A un ambicioso que se ha casado contigo sólo porque eres rica?

—Haré lo posible para traerle al buen camino; y cuando no, sufriré en silencio.

—No, no; tu demanda de divorcio se entablará al mismo tiempo que la mía.

—¡Jamás! exclamé con entereza.

—¡Cómo! ¿Te opones?

—Con todas mis fuerzas, madre mía.

—¡Por aquí ha pasado Felicia! exclamó mi abuela con despecho.

—¡Sí, por aquí ha pasado la religión cristiana, madre! exclamé yo llevando la mano al corazón. ¡La religión que espera, y perdona cuando ya no hay nada que esperar!

Mi madre era sinceramente piadosa; pero era también muy altiva: además, su talento, creo que en esta ocasión no es orgullo confesarlo, no era tan claro como la luz que alumbraba mi entendimiento: y ya se sabe que los entendimientos más elevados, son los más accesibles á comprender el perdón.

Arreglado el oratorio, nos ocupamos Felicia y yo de buscar un capellán para el servicio religioso y para que mi abuela le tuviese como lector: hallamos á un venerable religioso exclaustro, de edad avanzada, y cuya esmerada educación y notable inteligencia, le hacían muy á propósito para el cargo que queríamos confiarle.

Se llamaba el padre Juan, y desde los primeros

días de su estancia entre nosotros nos mostró á mi abuela y á mí la más profunda gratitud.

Mi marido, después de venir durante muchos días á acostarse casi á la aurora, acabó por faltar también á dormir en casa: y por último, una mañana me mandó con su ayuda de cámara el siguiente billete:

«Mi querida Valeria: Perdóname si te dejo para ir á un corto viaje.

»Soy más desgraciado que culpable.

»¡Yo volveré... y creo que seré entonces digno de tí! Ahora sufro mucho... Si me vieras después de los diez días que he permanecido lejos de tí, tal vez no me conocieras!... ¡Pero no! No quiero hacerte padecer, poniéndome ante tus ojos... Tienes derecho á todo; á quejarte de mí, á llamarme el más vil de todos los hombres.

»¡Pobre ángel! Te has unido á mí cuando la borrasca de mis pasiones llegaba á ser más desecha que nunca.

»¡Adios, Valeria! O volveré curado de la locura que me agobia, ó no volveré jamás.

EDUARDO.»

Al terminar la lectura de este billete, corrí llena de terror al cuarto de mi marido, que se hallaba en el mayor desorden.

Un criado, arrodillado en medio del cuarto, arreglaba una maleta: mi marido se paseaba por su gabinete, sombrío y meditabundo: sobre su mesa de escritorio había una caja que contenía un par de pistolas.

Al ruido que hice al entrar, pues no quise que el criado de la antecámara me anunciase, volvió mi marido la

cabeza y se quedó mirándome, primero como estupefacto, y luego como aterrado: después el disgusto sucedió á aquellas dos expresiones, y me preguntó con tono violentamente contrariado:

—¿Qué buscas aquí, Valeria?

—A tí, le respondí.

—¿A mí? ¿Qué me quieres?

—Quiero consolarte, porque eres muy desgraciado.

—¡Ah! ¡Tanto como lo soy! exclamó dejándose caer en una silla y cubriéndose el rostro con las manos.

—Todas las desgracias tienen remedio, le dije sentándome á su lado. ¡Valor!

—¡Valor! ¡Tú eres quien lo necesitas! exclamó dolorosamente.

—¡No! repuse yo, ¡eres tú! Tú eres el más desgraciado, el que vive más agobiado bajo el peso de los remordimientos y del desorden: el que desecha la felicidad de la familia por correr tras un fantasma que nunca alcanzará!

Miróme mi marido con extraviados ojos.

—¡Y qué! exclamó, ¿sabrias?...

Detúvose, no atreviéndose á continuar, y como aniquilado de vergüenza y desaliento.

—Todo lo sé, le dije tomándole una mano: sé tu desventurado amor hácia una mujer que no te amará nunca! Ama á otro.

—¿Á otro?

—Sí.

—¿Y quién es ese otro?

—No, es un secreto mio y no te lo puedo decir.

—¡Ah, ya me lo figuraba yo! exclamó mi marido.
¡La traidora!

—¿Por qué ese furor? ¿Se puede mandar al corazón? ¿Puedes tú mandar al tuyo? ¿Puedo yo imponer leyes al mio, que te ama?

Estas palabras echaron un nudo á los labios de mi marido. Ya no se atrevió á quejarse, y volvió á doblar la cabeza con abatimiento.

—No te vayas, le dije; temo que halles lejos de mí el suicidio; quédate á mi lado y procura curarte. Acude al trabajo, bálsamo de todas las penas.

—¡Al trabajo!

—¿Por qué no? Puedes sentarte en la Cámara y defender á tu país; puedes desempeñar altas misiones diplomáticas; puedes, en fin, alcanzar un nombre como escritor, en política y en ciencias. ¿No debes á Dios un claro y distinguido talento? ¿Por qué no lo aprovechas en bien tuyo y de los demás?

Callé, porque me parecía advertir en las pupilas abatidas de mi esposo como un rayo de vida y de esperanza.

—¡Ah! exclamó, ¡tienes razon, Valeria, la ociosidad es el cáncer que nos consume á los que hemos nacido dotados ya de fortuna! ¡Sólo sabemos disipar nuestras riquezas, pero no aumentarlas, ni hacerlas prosperar, ni darles un uso conveniente! ¡Sí, voy á seguir tu consejo... lo seguiré!

—¿No te vas ya?

—¡No! que se vaya ella.

—¿Ella se va?

— Sale para su quinta de Granada.

— La señora Vizcondesa de Torrefiel espera en el salon, dijo un criado.

— Vén, dije á mi marido, sin duda quiere despedirse de mí. Acompáñame, y está tan sereno como puedas.

— ¡Ah, Valeria, no exijas aún lo que es superior á mis fuerzas! Te respeto demasiado para comprometerte con mi agitacion ó para exponerte á hacer un mal papel.

— Como quieras, le dije tristemente y pensando que, aunque rehusaba asistir á aquella entrevista de un modo ostensible, no dejaria de asistir á ella ocultamente. Adios, voy á recibir á la Vizcondesa y volveré aquí.

— ¡Cuánto debes aborrecerla!

— Nada de eso, lo que sí hago es tenerla mucha lástima.

— ¿Tú?

— ¡Yo! Digo ahora lo que te dije hace poco; soy más dichosa que ella porque tengo la conciencia tranquila y el corazon lleno de amor y de perdon.

Sali, dicho esto, y mi marido me siguió con una ojeada de admiracion y casi de asombro.

XVI.

DIPLOMACIA.

Gracia no era ya la encantadora jóven que tan elegante y alegre habia aparecido á mis ojos pocos dias ántes.

Algun pesar muy hondo habia apagado el color de sus mejillas y el brillo de sus ojos, rodeados de un círculo oscuro que les daban una gran expresion de tristeza.

Vestia un traje de seda oscura y un sombrero, oscuro tambien, como si hubiera renunciado á sus pretensiones de belleza y de elegancia.

— Querida Condesa, me dijo procurando sonreir, aunque su sonrisa era contraida y violenta; á pesar del desaire que hace tiempo me hizo, no he querido marcharme sin decir á V. adios.

Yo habia recibido á Gracia en mi saloncito particular, y no pude ménos de sonreirme á mi vez tristemente, al ver agitarse la cortina del gabinete.

No me habia equivocado, mi marido se hallaba allí escuchando.

Al rogarle que viniese conmigo para asistir á mi entrevista con la Vizcondesa, sólo habia tenido la idea de mostrarme muy superior á mi rival; pero al verle oculto quise mostrarle que conocia y sabía compadecer todas las penas de la que él juzgaba coqueta y feliz.

No podia dudarlo, mi marido estaba loco por aquella mujer; pero al propio tiempo la despreciaba y la creia culpable.

¿Qué más mérito, me dije cediendo á un sentimiento de caridad, que perdonar á esta desgraciada y demostrarle mi compasion y mi simpatía?

Puesto que ella se queja del desvío de esas mujeres que la halagan con la mirada y con la sonrisa, porque la temen, pero que despedazan su reputacion cuando están léjos de ella, le haré ver que hay tambien mujeres bue-